

El otro por-venir

Lic. Mariana Soler

“Mis viejos cuadros ya no me interesan. Siento una curiosidad mucho mayor por aquellos que todavía no he pintado.”

Pablo Picasso.

Un cuadro aún no pintado... una melodía aún no creada... una canción aún no escrita... un cuento aún no inventado... un amor aún no encontrado... un viaje aún no recorrido... un hijo aún no nacido... Curiosidad y deseo por aquello que todavía no ha llegado, por aquello “por-venir”.

Antes de nacer un niño, el grupo familiar imagina y simboliza, dando pinceladas de trazos y color que anticipan el cuadro posible de esa subjetividad por venir.

P. Aulagnier ha conceptualizado categorías como cuerpo imaginado, sombra hablada¹, que dan cuenta de este trabajo anticipado de las funciones parentales sobre el niño. Así en un proceso saludable, el infans se confronta desde el primer sabor de leche materna, con un mundo simbólico y fantasmático que le proyectan los otros. El hijo es soporte narcisista del grupo: el concepto de contrato narcisista² ubica claramente que la función de la familia es dar un lugar al nuevo integrante filiándolo a la cadena generacional, proyectándole ideales, valores que porta el grupo. Contrato que implica para el hijo la función de continuar la trascendencia del grupo en una nueva generación.

La diferencia cualitativa que existe entre el concepto de contrato y pacto entre la familia y el hijo, implica cuánto de la **potencialidad vinculante** porta el grupo como función. Si el espacio intersubjetivo está regido por la violencia secundaria, el niño es candidato a ser tomado como objeto de proyección de los otros y el espacio intersubjetivo deviene relación de objeto. Pacto donde el hijo tiene solo el destino posible de la inmovilidad de una mariposa pinchada con alfileres³, porque sus movimientos subjetivos solo podrán repetir lo proyectado por otros sin tener permiso a crear un vuelo propio y diferente. La subjetividad por-venir quedaría reducida a repetir un cuadro ya pincelado por las generaciones anteriores, sin que hubiera permiso para la transformación o el advenimiento de nuevos colores o texturas posibles de crearse en la actividad subjetiva de pintar y pintarse.

Por el contrario si la violencia primaria o anticipatoria es la que rige el contrato narcisista, además de ser objeto de múltiples proyecciones de figuras ya pintadas; el grupo transmite también al niño la potencialidad vinculante inherente a todo **vínculo**. Potencialidad vincular implica una capacidad, un recurso, una posibilidad con que cuenta el grupo de no definir el vínculo por lo anterior, lo preestablecido; sino

¹P. Aulagnier. La violencia de la interpretación. La sombra hablada.

Ver “Visitando a Piera aulagnier”, de Lic. Ma. Eugenia Otero. Ficha de cátedra Psicología Evolutiva Adolescencia II, donde se puntualizan y desarrollan estos conceptos.

² Idem anterior.

³ Metáfora utilizada por P. Aulagnier en “Construir(se) un pasado” para describir la devastación que produce la violencia secundaria anulando toda posibilidad de movimiento psíquico.

descompletar⁴ el saber de lo que “se ha sido” y dejar en suspenso la posibilidad de que el niño sea diferente, altero... imposible de definirse ya que está “por-venir.”

El espacio intersubjetivo entre un hijo y quienes sostienen las funciones parentales, puede advenir relación de objeto o vínculo. La radical diferencia entre ambos es que en el primero ocupa un lugar de objeto de proyecciones de los otros; mientras que el vínculo deviene cuando aún cumpliendo el grupo con la función de transmisión que anuda el contrato narcisista, aloja a la subjetividad naciente como un sistema abierto, descompleto que está por-venir en cada encuentro vincular.

Al portar el grupo la función de la potencialidad vinculante, también transmite algo de la esencialidad del sujeto: su falta. Solo es posible pensar una subjetividad abierta por-venir si se asume que la ilusoria completud narcisista que envuelve el espacio intersubjetivo, (por eso llamado contrato narcisista), está marcada por la falta y la incompletud. La transmisión de la potencialidad vinculante conlleva la transmisión esencial de la falta inherente a todo sujeto, que habilita el movimiento deseante de búsqueda y construcción de sentidos posibles por-venir que den consistencia a cada subjetividad. Toda producción subjetiva está destinada a bordear incesantemente la alteridad de sí mismo y del otro. La falta del sujeto, del ser, es el motor de toda producción subjetiva.

*“Lo que has heredado de tus padres adquiérela para poseerlo”
Johan W. Goethe*

¿Cómo hace el niño para adquirir, apropiarse de la potencialidad vinculante transmitida por las funciones parentales?

El hijo tiene que realizar muchos trabajos psíquicos durante la infancia y la adolescencia para construir y conquistar las categorías de **vínculo** y de **alteridad**.

Una de las formas que tiene la subjetividad de bordear y simbolizar la falta inherente al sujeto es constituir y conquistar la categoría de **alteridad**. Según Joyce Mac Dougall⁵ que un sujeto construya esta categoría implica que pueda considerar al otro en su radical diferencia: con un cuerpo separado y un deseo diferente. Poder considerar al otro en su alteridad, en su ajenidad corporal y deseante. Apropiarse de esta categoría implica asumir la diferencia del otro y la propia; la ajenidad o extrañeza que presenta la falta en el otro y en la mismidad.

Desarrollaremos solo algunos hitos en la constitución subjetiva del niño y del adolescente, donde se confronta con la oportunidad de ir conquistando y adquiriendo la categoría de la alteridad, necesaria para un desarrollo saludable de su subjetividad.

⁴ A. Grassi propone “descompletar” las series complementarias propuestas por Freud, dando lugar al concepto de acontecimiento y de vínculo.

⁵ Joyce Mac Dougall. “Las mil y una cara de Eros”. Cap10.

I) El sabor del encuentro en la infancia⁶:

La primera experiencia que el infans tiene del otro se juega en un registro pictogramático, de sensaciones corporales. En el encuentro originario de fundación de la experiencia del otro, interviene:

“la percepción de la posición del cuerpo, sus movimientos, desplazamientos... es un esquema postural antes de toda imagen de sí por medio del cual el niño construye formas de temporalización que le son aportadas por los ritmos y la experiencia del espacio”⁷

Este “esquema postural” como primera percepción del otro, es condición y prepara el advenimiento del “esquema corporal” que advendrá con el estadio del espejo. Es función del otro, sostener la presencia y también la **diferencia**, condición necesaria para la búsqueda del placer en la vida. En la continuidad del vínculo de apego es imprescindible que se ponga en juego la diferencia, la ausencia, la distancia del cuerpo del otro inaugurando una falta, un movimiento que descompleta y posibilita la creación de la fantasía y el deseo. Allí reside el primer registro de la alteridad, al modo de una diferencia pictogramática, sensorial que se inscribe ya, en los procesos saludables, en los primeros sabores de lo corporal.

. Lo extraño:

Otro autor que ubica en la infancia la construcción de una categoría que antecede a la alteridad es Sami Ali: desarrollando la categoría de lo extraño.

“De todos los componentes de la imagen del cuerpo, el rostro constituye, lo mismo que el sexo, una problemática privilegiada.”⁸

Interesante afirmación del autor que plantea al rostro, y al sexo como problemáticas privilegiadas que enraizan en un proceso saludable de constitución psíquica, las categorías **de lo extraño**, en la infancia, con la categoría de la **alteridad**, en la adolescencia.

Sami-Ali se pregunta : ¿cómo la subjetividad se apropia de un rostro que comienza existiendo desde el otro?

“..el rostro sólo puede ser percibido en el plano de la visión por otro, al que puede suplantarse mediante un artificio como el espejo.”⁹

⁶ El “sabor del encuentro” es tomado del slogan de cerveza Quilmas, presente en publicidades que circulan en los medios, frase que además de apelar al encuentro de la boca con la cerveza nos sirve para metaforizar el registro pictogramático del encuentro con el otro, del espacio intersubjetivo.

⁷ Galende, Emiliano. “Subjetividad y resiliencia: del azar y la complejidad.”

Cap1 de “Resiliencia y Subjetividad” Melillo y otros.

⁸ Sami-Ali. “Cuerpo real, cuerpo imaginario”. Cap VII Cuerpo y narcisismo. Una teoría del rostro.

⁹ Idem anterior.

Retomando el mito de Narciso, y a partir de los fenómenos de regresión, el autor reconstituye la experiencia original del rostro: es decir los momentos que atraviesa la subjetividad para poder apropiarse del rostro integrándolo a su identidad. Experiencia que va a estar mediatizada por el proceso de proyección cuya tarea será ir delimitando y creando categorías como *la del extraño*, y la diferencia entre el adentro y el afuera.

Conceptualiza tres momentos:

- 1) El primer tiempo del proceso de reconocimiento de uno mismo es *el de no tener rostro*.

Momento originario donde la falta implica todo el vacío de constitución del sujeto que está por-venir.

- 2) El segundo es el de tener el *rostro del otro, de la madre*.

“Sin rostro, el sujeto tiene primero el rostro de la madre. Objeto de identificación primaria, el rostro de la madre coincide tan perfectamente con el campo visual inmediato, que ver y ser visto, visión y órgano de la visión se hacen indiscernibles.”¹⁰

El autor define este espacio como una “organización bidimensional fundada en la relación de *inclusiones recíprocas*. En ese espacio que es proyección de la superficie corporal, el sujeto *es* lo que él percibe: la percepción no se reduce al propio cuerpo sino que es el propio cuerpo lo que está reducido a la percepción. En este segundo momento, entonces el sujeto es el rostro del otro. No hay distancia ni diferencia entre el sujeto y el otro, entre el continente y el contenido. Toda representación, lo imaginario queda adherido a lo perceptivo, a lo sensible. No puede aún aparecer el pensamiento abstracto que requiere de distancia de lo perceptivo, y del registro de la diferencia.

- 3) El tercer tiempo se define por la percepción del rostro del otro como otro. Momento en el cual el bebé percibe y registra la *diferencia* que existe entre el rostro de la madre y el rostro de los extraños. Pero lo que ubica como central el autor, es que registrar esta diferencia es lo que inaugura la posibilidad de ser *él mismo diferente* a la madre.

Entonces la constitución de la *categoría del extraño* implicaría una primera simbolización de la diferencia: diferencia entre el rostro de la madre y el rostro de los otros, por lo tanto asumir que él mismo porta un rostro diferente al de la madre.

“Gracias a la introducción de la dimensión de alteridad, el extraño se revela precisamente como el sujeto.”¹¹

Spitz en sus investigaciones sobre la angustia del octavo mes, explica la angustia por la pérdida del primer objeto, de la madre. En cambio Sami-Ali explica la angustia del octavo mes como este tercer momento donde la identificación con el rostro de la madre cede lugar a una proyección que introduce la diferencia y la distancia respecto de uno mismo.

Entonces la *categoría del extraño* implica un primer registro de la diferencia, de la *alteridad* del sujeto.

¹⁰ Idem anterior.

¹¹ Idem anterior.

“La sensación de inquietud, de angustia expresa que la subjetividad inscribe psicosomáticamente que él mismo es diferente, un extraño respecto del otro: Soy y no soy el rostro del otro.”¹²

. Estadio del espejo:

Para Sami-Ali, cuando el sujeto llega a reconocerse en la imagen que le presenta el espejo, ya porta con la experiencia de la teoría del rostro, con la constitución de la categoría del extraño. Afirma:

*“ la imagen especular **no** crea la alteridad, sino que confirma al sujeto en su alteridad primordial, que nace de las vicisitudes de la percepción del rostro del otro.”¹³*

Entonces a través de la imagen especular el sujeto:

“vuelve a convertirse en el otro que fue antes y que nunca dejó de ser.”

Es decir, a partir de la desidentificación con el rostro de la madre, se identifica al propio rostro:

“Yo soy otro diferente del otro, por lo tanto soy yo mismo.”¹⁴

Así como difiere de Spitz en el modo de explicar la angustia del octavo mes, también difiere de Lacan al explicar el júbilo que acompaña la aparición del rostro en el espejo.

“Lejos de poner en movimiento, como piensa Lacan, la dialéctica de la identificación con el otro, señala el punto culminante de un largo proceso de proyección cuya finalidad es constituir en su diferencia el rostro del otro con el cual el sujeto se había identificado primero.”¹⁵

El júbilo entonces implica la superación de la angustia de la categoría de lo extraño, y el registro de la diferencia, de la distancia entre el adentro y el afuera.

No es azar dice el autor, que la experiencia del Fort-Da (donde el niño simboliza lúdicamente la separación con la madre) se da al mismo tiempo que el niño se descubre en el espejo. Paralelamente al jugar del carretel, (que simboliza la presencia ausencia de la madre), el niño organiza otro juego en el cual hace aparecer y desaparecer su propia imagen especular.

“Con la introducción del tercer término, el padre, la experiencia del espejo se diversifica extraordinariamente.

En adelante el niño percibe un rostro diferente del de la madre, y diferente de su propio rostro a la vez.

Así queda abierto el camino para las identificaciones constitutivas del cuerpo en su diferencia sexual.”¹⁶

¹² Idem anterior.

¹³ Idem anterior.

¹⁴ Idem anterior.

¹⁵ Idem anterior.

¹⁶ Idem anterior.

II) El sabor del encuentro en el entretiem po puberal-adolescente:

.La alteridad del propio cuerpo:

¿ Cómo pensar la **revisita** del trabajo puberal-adolescente al estadio del espejo y la categoría del extraño?

El cuerpo erógeno de la infancia empieza a constituirse desde el deseo de los padres, de los otros. Las funciones parentales anticipan por medio de la violencia primaria imaginando un nombre, un cuerpo para ese niño aún antes de nacer. En cambio el cuerpo sexuado del adolescente no es anticipable¹⁷ por los padres, ni por el mismo adolescente. La familia solo puede haber anticipado la posibilidad de que haya algo no anticipable, lo cual es una paradoja pero central, porque habilita a que el trabajo puberal-adolescente se inscriba como un verdadero *acontecimiento*¹⁸, que des-ordena¹⁹ lo infantil y da lugar a lo neo. El cuerpo sexuado del adolescente así irrumpe como un elemento *extraño*, no anticipable por el psiquismo del púber ni previsto en el grupo familiar que hasta entonces era la única cuna²⁰ y fuente de todos los sentidos.

¿El haber transitado y elaborado la *categoría de lo extraño* en la infancia, cómo se articula con este nuevo trabajo de lo puberal-adolescente de tener que metabolizar lo extraño del cuerpo sexuado?

Podemos sostener que si la subjetividad de un niño metaboliza saludablemente la experiencia del rostro, ya cuenta con un registro psicosomático de la diferencia, de la ajenez que constituye a todo sujeto: a sí mismo y al otro. Metabolizar esta experiencia del rostro, se constituye entonces en un recurso que puede generar condiciones saludables en la subjetividad para que durante el proceso puberal-adolescente lo extraño y ajeno de su corporeidad y del otro, no sea aterrador sino que genere deseos de investir y explorar²¹. Si pudo transitar la angustia que implica reconocer no tener el rostro de la madre, del otro, ser él *diferente y ajeno* al rostro familiar; y además vivenciar con júbilo el reconocimiento de su imagen en el espejo; tendrá más posibilidades de poder tolerar la extrañeza que genera un cuerpo que crece y cambia. Podrá investirlo ,tatuarlo, pintarlo, disfrazarlo, y vivenciarlo con placer porque aunque esta transformación genere extrañeza y susto en lo familiar , el adolescente podrá contar con el grupo de pares como soporte de la función del espejo: otros otros en quienes reconocerse e identificarse.

Metamorfosis y transformación, además de ser dos modos posibles de traducción de la obra freudiana, pueden definir²² dos procesos diferenciables que darían cuenta de dos modos posibles de metabolizar lo extraño del cuerpo.

¹⁷ Janine Puget. Historización en la adolescencia.

¹⁸ Ver Ficha cátedra sobre Pensamiento de lo Complejo.

¹⁹ A. Grassi. Adolescencia: reorganización y nuevos modelos de subjetividad. Ficha cátedra.

²⁰ Lila Grandal. El aparato psíquico familiar como cuna de sentidos.

²¹ Mario Wasserman. Condenado a explorar.

²² Idem anterior.

Cuando en la subjetividad predominan procesos de *metamorfosis*, se vivencia como la emergencia de algo monstruoso que aterra, desgarrar o fragmenta el cuerpo... daría cuenta de un fracaso en la constitución de la categoría de lo extraño, y todo lo ajeno, o altero de sí mismo o del otro produciría desorganización y angustias masivas. En cambio cuando predominan en la subjetividad procesos de *transformación*, los cambios del cuerpo se vivencian con inquietud y extrañeza , pero sin perder la mismidad del sujeto. Este proceso daría cuenta de que la subjetividad capitalizó la experiencia de la categoría de lo extraño, como un recurso psíquico que le permite poder tolerar que la imagen especular infantil caiga, y estar a la espera de la constitución de una nueva imagen especular aún no definida ni previsible.

Dolto ilustra genialmente este proceso, con la metáfora del caparazón de la langosta²³, dando cuenta de la inopia o vulnerabilidad que caracteriza a la subjetividad durante el entretiem po del proceso puberal-adolescente. Momento privilegiado donde al experimentar la inopia y el ser vulnerable el adolescente se confronta y desnuda la verdad del sujeto: ser ajeno a sí mismo y al otro. Esto puede leerse en cualquier producción saludable adolescente, donde por medio de graffitis, canciones o palabras expresan claramente la extrañeza que les genera darse cuenta de que ya no son lo que eran, no saben aún cómo van a ser, solo saben que quieren ser. El viejo caparazón podría entenderse como el cuerpo erógeno, la imagen del cuerpo infantil que ya no le sirve al joven, y del cual él y la familia deben desprenderse. El nuevo caparazón podría pensarse como el cuerpo sexuado, cuerpo vincular que solo se construye en el encuentro con la genitalidad del otro.

.El sabor del cuerpo sexuado vincular:

El entretiem po puberal-adolescente implica trabajos psíquicos y un trayecto de recorrido de encuentros y desencuentros con los otros donde el adolescente se confronta con la oportunidad de retomar todas las categorías transmitidas y conquistadas en la infancia (potencialidad vincular del grupo, categoría de lo extraño y de alteridad , la falta inherente al estadio del espejo y del Fort-Da) y apropiarse de una nueva categoría que las suplementa: el **cuerpo sexuado vincular**.²⁴

La iniciación sexual en la adolescencia marca un antes y un después en la subjetividad. Es un acontecimiento donde **con** el otro se escribe el cuerpo genital, donde la vivencia de satisfacción se transforma en vivencia del orgasmo, y se escribe la **alteridad** del otro: sus diferencias corporales, de género y desiderativas.²⁵ Encuentro vincular con el otro donde aquella originaria diferencia que inauguró la *categoría del extraño* en la infancia (tener un cuerpo, un rostro diferente y separado del otro); se revisita, des-ordena y supera inaugurando diferencias más complejas inherentes a la verdadera intersubjetividad: el otro se constituye en su *alteridad* como sujeto de deseo. Pero esto no ocurre de una vez y para siempre, ni en un solo encuentro, sino que requiere de una búsqueda , una conquista y un **pasaje** donde los encuentros con el otro, en la potencialidad saludable, dejan de ser relaciones de objeto y devienen vínculo.

²³ F. Dolto. La causa de los adolescentes. CapI.

²⁴ Categoría conceptualizada por J. Puget en Historización de la adolescencia.

²⁵ A. Grassi. Metamorfosis de la pubertad, el hallazgo (¿)de objeto, su registro originario.

El púber-adolescente realiza un arduo trabajo de desinvertir a los padres y ponerlos en falta: los contradicen, desautorizan, los confrontan.²⁶ Primer movimiento que se produce no sin angustia, que intenta bordear la falta que habita al sujeto (a los padres y a ellos mismos). Salen al espacio relacional extra-familiar ávidos de crear vínculos nuevos y diferentes que releven²⁷ a lo familiar; pero paradójicamente buscan con urgencia encontrar en las parejas y en los amigos, otros que los completen, la “medianaranja” que pueda borrar la angustia que anuncia la emergencia de la falta inherente a todo sujeto. En esta búsqueda es esperable que los primeros encuentros tengan el olor de lo familiar infantil, que predominen “reencuentros”²⁸ donde la matriz relacional tejida en la infancia que archiva los anclajes afectivos de la niñez, imante los posibles relacionales.²⁹

El trabajo de lo originario puberal inunda de un mundo de sensaciones genitales que urgen por inscribirse en el encuentro con el otro. Pero dentro de la lógica del proceso originario, (postulado del autoengendramiento) no se registra al otro en su alteridad, sino que la urgencia pulsa por capturar al otro como objeto, para que el cuerpo del otro pueda ocupar la complementariedad de la zona-objeto genital. Así es como puede prevalecer en algunos encuentros de este trayecto que el otro sea un medio, un objeto de goce, un cuerpo desprovisto de subjetividad.

Dice más de un adolescente, luego de la salida del fin de semana:

“Me estoy comiendo un chico/a...”

Comerlo, saborearlo, chuparlo, morderlo, olerlo... expresiones sensoriales que dan cuenta del trabajo pictogramática de lo originario puberal que va inscribiendo el placer genital y para-genital³⁰ en el encuentro complementario de los dos cuerpos. Si al otro me lo puedo comer sin registrar nada de su subjetividad (su nombre, su teléfono, sus intereses ,sus enigmas....) es porque solo ocupa el lugar de objeto de goce y “el sabor de ese encuentro “ solo deviene relación de objeto. Pero en un proceso saludable, la fuerza de lo originario puberal que pulsa por tragarse al otro como un objeto, se entrelaza con el trabajo psíquico de lo adolescente, que contrariamente pulsa por sublimar, simbolizar aquello enigmático que enamora del otro marcando su alteridad y su subjetividad.

En la película y novela *Crepúsculo*³¹ que actualmente leen y miran muchos adolescentes, es interesante seguir el enamoramiento entre la protagonista, una chica estudiante común, y un vampiro. En la secuencia de escenas y capítulos de esta historia de amor es atrapante el juego de atracción y enamoramiento que fluye entre los dos personajes, donde él tiene que luchar y decidir entre sus impulsos irrefrenables de comerla, morderla y chuparla al oler su sangre; o poder suspender estos instintos vampirescos y disfrutar de enamorarse de los diálogos con ella, y de su personalidad

²⁶ Ver J.J.Rassial: El pasaje adolescente. Cap7.

D. Winnicott. Realidad y juego. Cap 11.

²⁷ Función de relevo diferente a la de sustituto, planteada por F. Dolto en La causa de los adolescentes. Cap1.

²⁸ Ver concepto de reencuentro planteado por Freud en Tres ensayos: Metamorfosis de la pubertad.

²⁹ P. Aulagnier. Construir(se) un pasado.

³⁰ Ver concepto de “para-genital” planteado por Silvia Bleichmar en Paradojas de la sexualidad masculina.

³¹ Stephenie Meyer. Crepúsculo. Un amor peligroso. Ed. Alfaguara.

espontánea. Novela fantástica que uno sigue sin saber si este encuentro intersubjetivo devendrá vínculo o relación de objeto... con el posible final trágico que esto supone tratándose de un vampiro.

En el entretiem po puberal-adolescente, los procesos originario-puberal y lo adolescente se entraman, pudiendo predominar en algunos encuentros sexuales el impulso de “comerse” al otro... donde el encuentro intersubjetivo deviene relación de objeto, ya que el otro si bien no muere trágicamente como puede ocurrir en la novela, no tiene vida psíquica si no es reconocido como sujeto.

En un proceso saludable, se construye la categoría de **cuerpo sexuado vincular** cuando el encuentro intersubjetivo con el otro deviene **vínculo**, y ésto solo es posible si ambas subjetividades inscriben algo de la falta que los define como sujetos. Borear, registrar e inscribir la falta, la alteridad del otro y de sí mismo como sujeto, no se produce sin angustia; pero es un **pasaje** necesario para acceder al deseo y a la dimensión **ética** que implica el reconocimiento del otro como sujeto.

En la actualidad alarma y preocupa “moralmente” la variedad de modos de encuentros sexuales que experimentan los adolescentes. Los adultos se horrorizan y definen estos encuentros como rondando la promiscuidad, cuando lo que en realidad más importa es la dimensión ética que radica en reconocer o no al otro como sujeto. Este pasaje entre relación de objeto y vínculo, entre tomar al otro como cuerpo objeto de goce u otro provisto de subjetividad; es lo que señala la diferencia entre una sexualidad saludable “responsable”³² y lo patológico de la perversión: considerado el ejercicio del goce sobre el cuerpo del otro desubjetivado.³³ El perverso, al igual que el vampiro, hace uso del cuerpo del otro, de su sangre; gozando del sufrimiento y devastando su subjetividad.

Finalizando entonces, el verdadero desafío del trabajo adolescente es transformar la relación de objeto en vínculo, aunque en el pasaje adolescente de vez en cuando jueguen a ser vampiros. En definitiva, poder inscribir el sabor del encuentro que hace al registro pictogramático del vínculo, donde la presencia del otro impone sensaciones que están para ser saboreadas, pero que también generan enigmas de la subjetividad del otro que tiene que ser reconocido en su alteridad porque siempre está “por-venir”.

³² Dimensión ética que tiene que ser tenida en cuenta para pensar modelos de “educación sexual responsable” en la adolescencia.

³³ Ver concepto de perversión desarrollado por Joyce Mac Dougall en Las mil y una caras de Eros; retomado por Silvia Bleichmar en Paradojas de la sexualidad masculina.

